

frente al destino adverso conserva invariablemente su integridad moral, sin doblarse jamás.

Sergio Gutiérrez Olivos ha trazado experimentadamente la semblanza de Alberdi, estudiando además su pensamiento jurídico e internacional con inteligencia y mesura. Lamentemos, sí, que sea avaro en prodigar sus escritos, sobrios, elegantes y bien concebidos, pues no es posible que ensayistas de sus capacidades no den más a menudo público testimonio de los méritos que poseen. Este libro suyo así lo hace desear.

T. P. M. H.

<https://doi.org/10.29393/At401-92DTM10093>

*Diálogo en torno a Cândido Portinari*, de ANTONIO R. ROMERA.  
Cadernos Brasileiros, 1962.

Una entusiasta obra de difusión cultural está realizando el Centro Brasileiro de Cultura y el Servicio de Propaganda y Expansión Comercial de la Embajada de Brasil en Chile, al publicar cada cierto tiempo, en pulcro y agradable formato, unos interesantes "Cadernos Brasileiros".

Diversos aspectos de las artes, la economía, la historia, la geografía, el deporte y otras actividades de la nación hermana han sido debidamente estudiados por expertos. Tenemos a mano *Diálogo en torno a Cândido Portinari*, del crítico de arte Antonio R. Romera, quien nos introduce en el universo del artista brasileiro, cuya desaparición aún se recuerda sentidamente en los círculos donde desarrollara su labor.

El señor Romera, que es muy documentado en sus trabajos, ha empleado en éste una atrayente forma dialogal, originalidad no desprovista de ventajas, desde el momento que le insufla un aire muy ágil y dinámico.

Fuera de toda duda está la competencia del autor para tratar sobre materias artísticas, teatrales y cinematográficas. Su labor crítica en "El Mercurio", "Atenea", "Occidente" y otras publicaciones no le ha impedido discurrir con mayor detenimiento y profundidad sobre temas de su predilección, como sería el caso de su *Historia de la pintura chilena*, siempre recomendable por la juiciosa y erudita visión de nuestro desenvolvimiento pictórico, complementada con reproducciones de los cuadros más representativos, lo que da un total cuya excelencia ya han puesto de manifiesto los entendidos, y varias monografías dedicadas a Alberto Orrego Luco, Carlos Hermsilla, Herrera Guevara y ahora a Cândido Portinari, superando ya las fronteras nacionales al entrar de lleno a la pintura hispanoamericana y en particular a la brasileira.

El señor Romera fuera de referirse con propiedad al mérito de Portinari en la pintura contemporánea, definiendo sus caracteres particulares y comparándolo con otros conciudadanos suyos, como Cuixart, cuyas telas son asimismo conocidas por el público chileno, hace bien fundadas observaciones sobre la ignorancia lamentable que existe en el mutuo conocimiento de las artes en el continente. Cita el caso de una autora que al hablar de la pintura chilena escribe lo siguiente: "En Chile los nombres más cotizados y conocidos parecen ser los de las pintoras Ana Cortés, Inés Puyó y los pintores Pablo Burchard,

Camilo Mori, Israel Roa, Augusto Eguiluz, Héctor Cáceres, José Perotti, Carlos Pedraza, Armando Lira y otros". Otro, menos conocedor aún radica en "Mata (con una sola "te") Laura Roig (se trata de Laura Rodig) y Samuel Rojas (se trata de Samuel Román)" todo el aporte chileno a la pintura americana, sin entrar en apreciaciones críticas, tan sólo una mera enumeración, para colmo mal hecha e insuficiente. ¿Y por qué no agregar el caso —también citado por Antonio R. Romera— del crítico de "Combat", quien dijo con motivo de la actuación del Teatro de Ensayo en París, que gracias a esa iniciativa el público "ha podido conocer el folklore del Brasil" . . . ?

Esta confusión deplorable que los organismos internacionales —pienso específicamente en el Consejo Interamericano Cultural dependiente del Consejo de la OEA—, no han podido remediar aún entre latinoamericanos, en Europa es más difícil de erradicar. No están muy lejanos los tiempos en que el pintor Pedro Subercaseaux al visitar un parque de entretenimientos, durante su infancia, en París, oyó decir —con indignación de su parte— que eran chilenos unos negros que hacían contorsiones al compás de un tambor . . .

No se trata, tampoco, de caer en el extremo opuesto. Raúl Silva Castro creyó comprobar que en Chile hay escritores brindando un *Panorama Literario*, en el cual cita por lo menos mil, más que con indulgencia con un criterio enteramente equivocado, reconociendo todavía que hay otra cantidad que no fue consignada.

Felizmente el señor Romera es más severo en sus elecciones y no considera pintores a todos los que en el colegio han debido dibujar para cumplir con obligaciones escolares. Además practica la crítica como yo la entiendo, o sea una función propia del pensamiento y no de los sentidos o los gustos.

No creo necesario hacer hincapié que la verdadera crítica es una vocación, basada en una rigurosa e insobornable organización jerárquica de los valores, discerniendo entre los que aportan algo significativo y los que carecen de tan esencial requisito.

Por ejemplo, nota que en la pintura de Cándido Portinari hay mucho barroquismo, fundamentando luego su aserto: "No sólo por esa fragmentación de lo formal, no sólo por el esquema abierto de sus composiciones, no sólo por la violencia expresiva, sino especialmente por la crueldad morfológica de los personajes".

O sea justifica con tales términos su apreciación, ajeno a la gratuidad de los juicios, mal que ha llegado a desacreditar a la crítica, como así también la exaltación de mediocridades, que sirva de vehículo a tendencias extra-artísticas o que la ejerzan analfabetos o personas engoladas.

En *Diálogo en torno a Cándido Portinari*, enriquecido con un poema alusivo de Carlos Drummond de Andrade y con cuatro grabados del malogrado pintor, Antonio R. Romera además de ponernos en estrecho contacto con un artista eminente, testimonia una vez más sus condiciones de crítico, ajeno a dogmatismos y limitaciones, tarea insustituible en medio del caos y el deliberado confusionismo que reina en el medio cultural chileno.